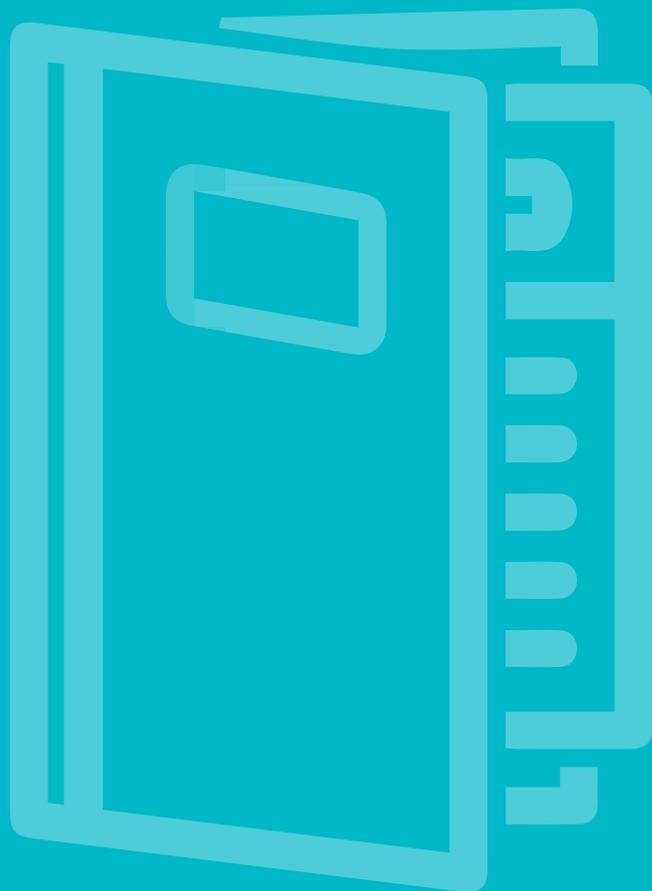


La cuestión cultural como necesidad comunitaria



LA CUESTIÓN CULTURAL COMO NECESIDAD COMUNITARIA

Alejandro Kaufman por Karina Arellano

ENTREVISTA

Alejandro Kaufman. Ensayista. Profesor en las Universidades de Buenos Aires, Nacional de Quilmes y Nacional de La Plata. Investigador del Instituto Gino Germani (UBA) y de la Universidad Nacional de Quilmes. Autor de numerosas publicaciones científicas, culturales y periodísticas nacionales e internacionales sobre análisis cultural, crítica de la cultura, memoria y derechos humanos. Coeditor de la revista *Pensamiento de los Confines*. Editor y coeditor en varias editoriales universitarias (director de Colección sobre ensayo latinoamericano en editorial Peter Lang, integrante comité editor de colección CLACSO-IIGG, UBA, ex integrante del directorio de EUDEBA, ex director de Colección Comunicación y Cultura UNQ.). Profesor visitante en las universidades de Bielefeld (Alemania), San Diego (Estados Unidos), ARCIS (Chile), Zürich, y en la École des Hautes Études en Sciences Sociales (París), y varias universidades argentinas. Ejerce o ejerció como docente de posgrado en UNQ, UNLP, Filosofía y Letras (UBA), FSOC (UBA), UNR, UNC, UNMDP, UNJU, UNSA. Asesor CIPDH UNESCO. Ex director de la Carrera de Ciencias de la Comunicación (UBA) y de la Licenciatura en Comunicación Social de la UNQ.

Desde que comenzó la era Milei sostenés que el actual presidente solo vino a garantizar los monopolios, sin ningún afán de gobernabilidad; y que en tanto tal es su misión la destrucción de todas las tramas intermedias de los lazos y las formas de producir sociedad. En el campo de la cultura la narrativa que operó sobre el sentido común, en esa especie de misión destructiva, fue: “por qué pagar cine si hay gente con hambre”, -quizás la más efectiva y divulgada más allá de que por extensión impacta sobre todo el desarrollo de prácticas culturales-. No tenemos aquí que argumentar que esta frase solo reviste su carácter corrosivo del “cine” -independiente, alternativo, originario- ya que en términos materiales demostraron -confiscando y guardando alimentos- que no les interesa el hambre de nadie. Pero la traemos para consultarte, ¿cómo lees vos este impacto destructivo sobre el campo cultural? Entendiendo que la cultura está situada en una estructuración diferencial en la constitución del lazo social.

La noción de cultura se significa de modo demasiado diverso como para no intentar precisiones previas. Podríamos decir que la noción de cultura fue amplia desde hace mucho, pero adoptó todavía una amplitud mayor en las últimas décadas hasta convertirse en sinónimo de toda acción humana, hasta cargar sobre sí a la propia especie; y al entorno viviente y no viviente. Sabemos también que esto ocurrió por el desarrollo de la ciencia y la técnica, que determinaron una transformación radical de la noción de naturaleza como opuesta a la cultura en tanto, esta última, acción humana. El dominio newtoniano, podríamos decir, se ha tornado “cultura” en tanto emergió un amplio espectro conceptual alrededor primero de la idea de antropoceno -que derivó en un enorme debate con nuevos términos polémicos como chthuluceno, capitaloceno, tecnoceno y otros-. Lo relevante de esta cuestión, más

allá de cómo se pondere o evalúe, es que se produce una convergencia entre acción geológica y cultura, industria, técnica y utopías de desarrollo. Todo ello adopta una configuración inédita que amplía el campo de lo concebible como acción humana. Se corrieron las fronteras de la intervención técnica: hoy para hallar dominios no determinados por la acción humana hay que concurrir a lo muy grande, la astrofísica, o lo muy pequeño, el mundo subatómico. Para el dominio molecular ya hablamos en la actualidad de nanotecnología, y para la informática ya hablamos de procesamiento cuántico, o sea propiamente subatómico, en realidad, en ese aspecto. Dicho así parecería alejarnos de la discusión convencional sobre la cultura, pero las conexiones tienen lugar en numerosos dominios como las problemáticas de derechos humanos, perspectivas de género, pueblos originarios, giro animal y cambio climático. La cultura, entendida como producción humana de sentido se ha ampliado hasta ser afectada por una multitud de nuevos problemas.

A la vez, la mercantilización abrumadora e invasora de las expresiones culturales entendidas del modo tradicional les quitó en gran medida el sentido de lo común que tenían históricamente conferido, para derivar en consumos estéticos desvinculados de tramas de lo común/social. El uso normalizado del concepto de industrias culturales trae consigo el problema de su diferencia con respecto a las industrias convencionales, no hay en la cultura un insumo precursor susceptible de ser meramente transformado por la producción en serie, ni en modo alguno es reductible cualquier noción que tengamos de cultura a un campo crematístico. Una de las confusiones implicadas remite a la conceptualización que la sociología de la cultura ha introducido no obstante con fortuna acerca del carácter homólogo de los bienes simbólicos, lingüísticos y culturales en general, así como libidinales, con las economías crematísticas, en cuanto a las configuraciones de acumulación de capital e intercambios. Sin embargo, estas homologías corren el riesgo de perder de vista las diferencias entre unas y otras economías, y por lo tanto prestarse equivocadamente a un reduccionismo economicista crematístico -que es lo que finalmente hace el autopercebido anarcocapitalismo-. Las homologías basadas en la noción de economía aciertan al facilitar el análisis dinámico e histórico de las relaciones sociales, pero solo en la economía crematística se verifican fenómenos de oferta y demanda, escasez y abundancia, riqueza e indigencia, especulación y desposeimiento, así como propiedad privada, que en aquellas no tienen lugar. Es cierto que se puede razonar sobre mayor o menor riqueza lexical o de conocimiento, pero solo en una zona intermedia que deja de ser analizable en los extremos. Nadie es ultra millonario de bienes simbólicos ni tampoco indigente: basta con soñar para “poseer”. Los bienes de cultura no son financiarizables sin una pérdida completa de sentido, aunque nada se puede descartar sobre adónde nos lleve el actual devenir capitalista desenfrenado.

El análisis sobre estas cuestiones es necesariamente de largo aliento y la bibliografía no es escasa. Sin embargo, el actual reduccionismo radical del mileísmo de todo

lo existente a valor económico crematístico, -así como la condición de propiedad privada, desde el cuerpo hasta los enunciados lingüísticos y todo lo existente en el mundo circundante-, se debe ver como una exageración demencial de una tendencia prevaleciente en las sociedades capitalistas de finales del siglo pasado y del siglo XXI. El régimen de la propiedad privada y el libre mercado se han elevado como únicas opciones supuestamente plausibles de la existencia en detrimento de toda noción de lazo social o condición común. Desde luego, este extremo distópico que prolifera como una creencia cuasi religiosa, caída del cielo como revelación, nos retrotrae hasta el grado de interpretar toda la historia humana desde ese punto de vista elemental, simplista y arrasador de todo el conocimiento disponible sobre lo humano. Ese es el fundamento esgrimido por el actual gobierno para proceder a la devastación de la sociedad argentina y el conjunto de sus recursos económicos, territoriales, científicos, sociales y culturales. Devaluar así al colectivo argentino es lo que va a permitir crear una imperiosa condición de necesidad y urgencia que hará posible subastar al país entero a las corporaciones globales a las que se les ofrece una nación entera a bajo precio desde el principio. Más allá de cuánto pueda este proyecto delirante consumarse, está en curso y ha generado ya consecuencias gravosas, mientras promete proseguir con ellas tanto como se le permita. Se trata de una confrontación política y de creencias radicales que requiere una sistematicidad de acción y pensamiento que necesitan recuperarse de una parálisis deviniente de unas cuantas derrotas en la arena mediática y política.

Toda esta digresión valga para llegar al punto en que la actitud de demolición de todo el campo cultural argentino, que no se limita a la financiación por parte de la estatalidad sino a toda la producción cultural nacional, sin distinciones de contenido o de fondo, se basa exclusivamente en la depreciación que se le pretende propinar a la sociedad y a la Nación en su conjunto para entregarla en subasta a las corporaciones. Para ellos la economía global debe subordinarse apropiada por las corporaciones monopólicas globales. Toda aquella organización social, popular o empresarial debe de hecho disolverse para que sus integrantes se conviertan en mera masa laboral contratada por aquellas corporaciones. Esta vara la aplican a todo lo existente en el territorio, y por eso es que incluso las mayores concentraciones económicas de raigambre nacional se van dando cuenta de que también “van por ellas” sin ninguna reserva. Que el país entero sea gobernado por Google y la cultura se suscriba a las plataformas globales de streaming, adonde cada individuo librado a su suerte pueda emprender lo que se le ocurra por cuenta propia, sería un vector del modelo. Abolir la estatalidad en cuanto a gestión de políticas públicas de fomento, apoyo o sostenimiento de cualquier actividad, ya sea cultural, científica o deportiva; otro vector complementario. Toda esa proporción del PBI debe ser directamente renta de quien se la pueda apropiar. Lo que sorprende a sectores del poder económico es que la doctrina del mileísmo no contiene ninguna precaución ni solidaridad tampoco con

ellos. Los referentes para ser beneficiados por la propia gravitación del vacío provocado por el retiro de la estatalidad argentina serán quienes tengan el mayor poder de apropiación. Estos fenómenos ya venían sucediendo en diversas áreas de la vida económica argentina, que siempre es también cultural. Nada hay más cultural que la alimentación, que ya desde hace tiempo se fue entregando a corporaciones monopólicas desestimando las iniciativas de carácter popular, que los gobiernos peronistas habían sostenido en diversos grados insuficientes a todas luces, pero frente a las cuales el gobierno actual viene en plan de abolición de todo lo existente.

Una variante que contribuye a no dejar en claro este designio devastador de lo propio para favorecer a los grandes actores corporativos es que LLA viene con odio y resentimiento contra toda cultura fuera de un canon supuestamente constituido por una semi ignorante versión tradicional según la cual la ópera, por ejemplo, merece ser considerada. Campea una visión en extremo desapegada de todo compromiso con la cultura, cualquiera que sea su perspectiva. Este vector destructivo se verifica por la multitud de decisiones adoptadas brutalmente, en condiciones no justificables por razones meramente “económicas” sino de destrucción deliberada de todo aquello producido en nuestro país que haya adquirido reputación y sea reconocible por su calidad, sea de la disciplina que fuere.

En este marco, toda prestación cultural gratuita para la recepción es inaceptable porque todo lo existente debe categorizarse como mercancía y ser objeto de intercambio en términos de valor. Se desconoce por premisa cualquier acto que no se inscriba como consumo. El amor se compra también, no es un acontecimiento desvinculado del mercado. Los llamados consumos culturales entonces también deben ser objeto de adquisición comercial por quien los pueda pagar. Así la salud, la educación y todo hecho social concreto existente deben ser mercancías con precio en el mercado, incluyendo los órganos y las infancias.

La estatalidad no es tan fácil de desmontar desde su propia institucionalidad, de modo que la idea de ocupar el estado para desde ahí demolerlo ha ido encontrando dificultades y mediaciones de las que se lamentan. En definitiva, se debe reponer el arte, el conocimiento, y lo que entendemos como cultura en general como parte de lo humano, en el mismo sentido con que no nos podrían impedir respirar el aire por no tener dinero (esto no está tampoco asegurado frente a las nuevas condiciones de gobierno): reponerlos como derechos de existencia humana exigibles a la sociedad y a la estatalidad es el punto de partida inevitablemente frente a las actuales condiciones de la escena política y social.

Hay un largo camino que recorrer, y el punto en que nos encontramos es el de los derechos adquiridos, la acción colectiva, sindical, social y política que reúna todos los recursos posibles para defender lo existente y resistir la destrucción en curso.

En una conversación que tuvimos a raíz de las insatisfacciones contemporáneas vos sugerías que el capitalismo había hecho de la necesidad una situación ilimitada, y que en ese sentido, lo que llamamos cultura (la música, la literatura, el cine) ahora son productos que ocurren o concurren al mercado en igualdad de condiciones que beber o comer. Me interesa esa perspectiva quizás para desandar un poco la dicotomía entre asumir la industria cultural o los sectores culturales en tanto insertos en las cadenas de valor de Capital y otras miradas que consideran que “la cultura” perdió carácter performático cuando comenzó a hablar la lengua del mercado. Sin ninguna de ambas capitalizar el cien por ciento de la potencia política: una, por no someterse a vigilancia epistémica para evitar las deformaciones que produce la transposición didáctica; y la otra por caer en una romantización del hacer cultural que también nos deja fuera de la potencia crítica.

La lengua prevaleciente remite a la mercancía, condición que se presenta como una materialidad satisfactoria de necesidades, pero que, a la vez, y en forma cada vez más sustituta, se practica como satisfactoria de deseos, que a la vez son objetos de diseño. El deseo no circula ni se suscita como devenir humano, sino como demanda emergente de las multitudes, pero a la vez cooptada por dispositivos de organización fantasmática, de modo que todos los productos terminan constituyéndose como ilusiones o fantasmagorías. “Comer” o “beber” en el capitalismo son prácticas culturales espectrales, como bien se sabe en la biblioteca de las ciencias sociales, cuyo ícono originario es la Coca Cola. No es una casualidad que mientras otras industrias de la alimentación han pasado a concentraciones económicas superadas por las corporaciones informáticas, que también superaron a las energéticas, la Coca Cola conserve un lugar predominante, acompañada no tan de lejos por MacDonalds. Esas corporaciones de la alimentación comercian configuraciones semióticas, y han liderado el devenir semiótico de toda la vida capitalista efectivamente existente. A ello aludía Andy Warhol con sus célebres ironías expuestas como si fueran banalidades. En aquellas obras warholianas ya se denunciaba o al menos ironizaba sobre el devenir mercancía de las artes y de la cultura, así como de la alimentación. Sin perjuicio de que ya lo había formulado mucho antes el dadaísmo. Valgan estos pocos ejemplos extraídos de tradiciones riquísimas de la crítica.

Lo que importa aseverar en esta conversación, antes que consumir un análisis crítico que ha sido ampliamente formulado por múltiples autorías tanto intelectuales como artísticas, tanto políticas como espirituales, de fe; es determinar la necesidad imperiosa de consolidar el sostenimiento de prácticas de don, gasto y gratuidades evaluadas por pares. El papel de la estatalidad es garantizar lo que el mercado en modo alguno puede hacer porque viene a abolir de hecho estas prácticas, como lo ha demostrado hasta el cansancio desde hace mucho, pero sobre todo en estas últimas décadas, en que el supuesto de no haber otra alternativa al capitalismo está dejando en evidencia como nunca su carácter inhumano, brutal y fascista.

Mencioné antes la ampliación de la noción de cultura en relación con el concepto de acción humana general bajo la cual se ha ido subsumiendo. No es solo caprichoso que cada vez apliquemos más la palabra cultura a diversos y heterogéneos fenómenos sociales. Además de una ampliación en relación a la acción humana en general, la globalización también ha contribuido a ampliar el alcance del término debido a la concurrencia al debate público de hecho de toda la humanidad, en el modo babilónico de múltiples historias, lenguas, tradiciones, costumbres, memorias y también conflictos. Todo ello concurre a poner en discusión los archivos heredados de la cultura, y a interpelarlos políticamente en relación a demandas emancipatorias o exigencias memoriales de reparación respecto de sucesos injustos de pasado, incluso a veces de pasados remotos. Lo aconsejable en este sentido es poner en perspectiva la biblioteca con la que nos hemos formado y todavía forma parte de nuestras currículas y adoptar una mirada ampliada y consciente de nuevas conflictividades que conciernen a la multívoca concurrencia de identidades, voluntades y experiencias heterogéneas, vinculadas tanto con las culturas virtuales como con los nuevos flujos migratorios. Frente a discursos violentos y simplistas como los promovidos por las derechas y sobre todo las extremas, necesitamos activar una nueva enciclopedia ilustrada, popular, democrática con perspectiva de género, derechos humanos y originarios, así como animales y ambientales. Este enfoque no debería someterse a dictámenes onegeístas de mera corrección política ni a gestualidades solemnes de falsa reputación o superioridad sino recalcar en las tradiciones socioculturales argentinas, y sus características inclusivas, hospitalarias de las diversidades, ecuménicas y solidarias. Abordar la problemática cultural sobre la base del relevo de lo realmente existente y de su cuidado en la diversidad arraigada en los territorios.

El mercado se ha ampliado de manera colosal en los últimos años, y eso todavía no se asume. No es simplemente que hay conceptualizaciones que tenemos que revisar, casi no hubo tiempo aun de comprender que el mercado abarca muchas cosas que no existían o que eran gratuitas. Si pudiéramos esto en un ejercicio arqueológico del tipo foucaultiano (la no asimilación de la locura) o benjamiano (la desaparición del narrador) comprenderíamos que las absorciones del mercado están ocurriendo muy pero muy rápidamente al punto de que las nuevas generaciones tienen definitivamente todo completamente mezclado en términos de bienes y servicios; por lo tanto el ejercicio reflexivo deberá darse mientras la acción política actualiza las tramas dentro del mercado. Una vigilancia que nos permita hablar de la gratuidad por ejemplo sin tener lecturas antigremiales o esencialistas -algo que pasaba con los docentes en la década del 90'-.

Por eso creo que no hay que oponer estado a mercado sino sociedad a mercado, o sociedad/estatalidad contra mercado. La gratuidad no es con respecto al sustento de las personas creadoras o ejecutoras sino con respecto a los bienes producidos. Producir algo que es gratuito, que no se vende, esa es la respuesta a construir colec-

tivamente. Como en los 90' fue la construcción sobre la educación pública, gratuita y de calidad, mientras se luchaba por el salario docente. Obviamente que a las personas que trabajan se les paga sin la menor duda. Pero lo que produzcan no tiene por qué ser “útil”, ni “consumido” o recibido por X “cantidad” de personas. Ese punto es decisivo abordarlo por lo menos conceptualmente ... y nos lleva de lleno a las políticas como el seguro de desempleo, la AUH, los sistemas de becas, entendidos no solo como promoción y sostenimientos sociales, y por supuesto que no como caridad, sino como transición hacia el derecho a la existencia. Por eso hay que atacarlos por debajo de la línea de flotación, no por donde argumentan ellos. La suya no es suya. No hay “tuya”. Eso hay que trabajarlo, porque discutir esto es volver a discutir el tema del trabajo, pero no en los términos que el mercado nos propone, sino en términos de necesidad comunitaria.

Si bien el trabajo fue siempre mercancía; ahora eso se ha consolidado y es inconcebible hacer algo que no sea trabajo, que no tenga utilidad y que no obstante tenga sentido... En esos términos es cuando la anticultura se alía con el mercado, si lo que hacés se vende, no importa lo que sea, está bien, y si no, no existe. No está para nada mal convocar multitudes, pero esa no debe ser una condición selectiva. Tampoco está nada mal hacer cine para unos pocos, los tiempos de la cultura no son los del mercado en cuanto generación de riqueza, sí en cuanto a producción material y simbólica, no en cuanto a enriquecer en el menor tiempo posible. Al menos atrevámonos a pensar en eso.

Hay un enunciado de ese proyecto distópico decisivo para lo que aquí nos interesa: todo aquello susceptible de distribuirse o cederse sin una retribución es falso porque “alguien lo paga”. Las expresiones culturales han sido siempre correlato de los dones de la humanidad y no de su utilidad en la recepción. Allí hay un problema muy caro a la cultura y a la discusión política sobre la cultura. La premisa que sostiene esa afirmación cuya consecuencia más inmediata es la abolición conceptual de la gratuidad es compartida por casi todos los actores de los intercambios lingüísticos, así como por la economía libidinal en cuanto a un carácter determinista en última instancia de las relaciones sociales. Sin embargo, en esas disciplinas esta homología desempeña un papel heurístico, no tiene un carácter literal como tampoco, aun con todas las diferencias, se puede reducir la economía crematística a una conceptualización ajena a la economía política. Lo que deniega el enfoque del derecho de propiedad como última razón de la vida social son acontecimientos perfectamente culturales y muy estudiados como el don, el gasto y la no utilidad en la acción humana. Se han llamado espirituales a las actividades así caracterizadas por su exclusión del mundo crematístico, a saber, las actividades vinculadas con la fe, practicadas en diversos marcos de retiro y exilio; como los monasterios o las peregrinaciones, y las vinculadas con el conocimiento, tanto espiritual como científico, y sus derivas de academias y otras modalidades modernas como laboratorios.

El corolario de esta historia social de la cultura es que determinadas actividades humanas, ejercidas en formas especializadas y sistemáticas o de manera parcial por el conjunto de la población, están exentas de la aplicación de criterios de utilidad y acumulación, así como de control de la temporalidad cronológica propia de la vida económica monetaria. Estas actividades son financiadas por el sector activo de la población sin requerirles beneficios verificables del modo exigible a las actividades propiamente industriales o mercantiles. Estas actividades desenvuelven criterios autárquicos de evaluación y pertinencia, determinados por pares y en forma dialógica con la sociedad en su conjunto

Históricamente los espacios del saber, de la fe, han sido financiados tanto por la estatalidad como por mecenazgos privados. Sin embargo, el papel de la estatalidad nunca había sido impugnado como ahora lo hace el supuesto ideologema anarcocapitalista, bajo la pretensión de abolir la estatalidad y sustituirla por el régimen único del monopolio corporativo. No hay que olvidar en este marco que los propios monopolios corporativos ejercen prácticas de mecenazgo y sostenimiento de actividades “espirituales” en la inteligencia de que no hay viabilidad a largo plazo de ningún proyecto productivo exento de esas instancias. Lo disparatado es suprimir de un día para el otro el sostenimiento de tales actividades, dependientes de larguísimo procesos de elaboración y maduración, con la pretensión de que se puedan vender al mejor postor y continuar así en mejores condiciones de “mercado” con las actividades tal como venían desempeñándose. Ni en la compra venta de esclavos se podía proceder así, con tal ligereza.

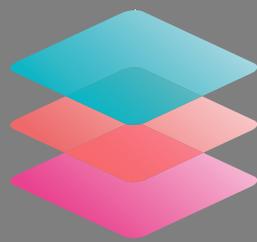
Si vale la pena considerar estos problemas no es solo porque nos gobierna un determinado punto de vista sino porque diversos factores concurrentes han deteriorado el supuesto de sostener actividades separadas de la vida económica predominante y de la evaluación por pares. Se ha deslegitimado la evaluación por pares para sustituirla por las opiniones pedestres, más o menos sensatas, muchas veces insensatas, de algunos mil millonarios ávidos de apoderarse de todo lo existente para consolidar colosales imperios de poder económico y político. Esos mil millonarios ejercen un poder colosal de diseño de la opinión pública que tiene como uno de sus objetivos aparentar sus espurios y mezquinos intereses como interés general. En este sentido la trama ideológica de lo que prevalece en la sociedad contemporánea conserva su plena vigencia, aunque venga gestionada con nuevas maneras, tecnologías y contenidos.

Por último, cómo consideras se debe articular una mirada crítica que sitúe la CUESTIÓN CULTURAL y aporte los desafíos de la cultura bonaerense, de la gestión estatal de la cultura, en un momento político como el actual a nivel nacional.

Políticas emancipatorias alojadas en la estatalidad tienen largas tradiciones precedentes que emular y someter a prácticas críticas sin concesiones hacia el mer-

cado desde las artes y los saberes. En estas tradiciones vienen incluidas las luchas sociales y políticas por resguardar prácticas que siempre tuvieron conflictos con los poderes tanto políticos como económicos. El conjunto de quienes producen significaciones plausibles en el campo cultural también tiene responsabilidades y compromisos sociales y políticos con sus actividades. Una acción estatal popular y emancipadora debe abordar con la mayor amplitud posible las diversidades concurrentes y problematizar la conciencia política concernida. Todo ello a la vez. No es fácil, pero pensarlo es necesario como contención conceptual que habilite la acción.

Abrir el campo gestor de la cultura a la multiplicidad de aspectos que hoy se requieren incluir en su consideración, al menos en un plano reflexivo y analítico, pero también de relevamiento de problemas, es siempre un aporte. A la acción relevadora de objetos y producciones culturales hay que proporcionarle en la medida de lo posible un contexto que dé cuenta de las ampliaciones antes mencionadas, de las que es objeto la cultura. Esto tiene una particular relevancia en las relaciones con las generaciones más jóvenes, hacia quienes la cultura no puede ser sino la experiencia actual y los modos con que el presente se vincula con el pasado, diferentes a los existentes con anterioridad. Lo nuevo es una forma diferente de administrar el pasado, no su mera desaparición o ignorancia, al contrario, hay hasta una abundancia de pasado que encarar como parte de la cuestión.



BASIC

BUENOS AIRES SISTEMA
DE INFORMACIÓN CULTURAL

INSTITUTO
CULTURAL



GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE
BUENOS AIRES